

AGENDA CIUDADANA

UNA POLITICA EN EL FILO DE NAVAJA

Lorenzo Meyer

El Poder Político.

La rápida pérdida de poder presidencial encierra grandes oportunidades como peligros. Políticamente, estamos viviendo sobre el filo de la navaja, y eso nos debería llevar a actuar con sumo cuidado e inteligencia.

El poder político -la capacidad de un individuo o grupo para imponer su voluntad sobre otros en asuntos públicos- es un elemento que lo mismo se puede incrementar que disminuir, ganar que perder, crear que destruir. Hoy, en México, existen todas estas posibilidades, y el que se den o no, y el como, es un asunto que nos atañe a todos, pues todos experimentaremos sus efectos.

El centro neurálgico del poder en nuestro país es, desde luego, la institución presidencial. Lo ha sido desde que el presidente Lázaro Cárdenas se impuso sobre el general Plutarco Elías Calles -el "Jefe Máximo"- en 1935. La institución presidencial concentró tanto poder, que nulificó no sólo a los otros poderes formales -Legislativo y Judicial- sino que también subordinó a su voluntad a los gobiernos locales y a los poderes de facto, pues únicamente sobrevivieron los cacicazgos que aceptaron incondicionalmente la voluntad presidencial.

Al iniciarse la segunda mitad de este siglo, toda la estructura del poder político real de México se podía resumir en un sólo término: Presidencia de la República. Ahí estaba la esencia de nuestro autoritarismo. De ese poder dependían lo mismo

los grandes capitales industriales, comerciales y financieros que el partido del Estado o los de oposición, los sindicatos, los intereses de la Iglesia o la suerte del ejido. La presidencia, y sólo la presidencia, decidía quién podía o no hacer política. Vivir sin el reconocimiento presidencial era vivir en el error, y a veces, en el terror también.

Un Centro que se Debilita.

La omnipotente y omnipresente presidencia mexicana nació en una sociedad predominantemente rural, con escasa educación formal, de comunidades semiaisladas y donde dominaban las fuerzas, ideas e intereses surgidos de la Revolución Mexicana. Esa presidencia empezó a perder legitimidad -y poder- como resultado de la evolución de la sociedad, de la pérdida de vitalidad del legado revolucionario y de la crisis de 1968, cuando recurrió a las armas al fallarle la legitimidad. Una larga cadena posterior de fracasos económicos más la consolidación de una oposición partidista, hicieron cada vez fue más difícil mantener íntegro el enorme mecanismo del poder presidencial.

El Salinismo: Auge y Caída.

Carlos Salinas resintió en carne propia el frío de los nuevos vientos antiautoritarios y buscó un nuevo camino para recuperar el poder presidencial perdido. Creyó encontrarlo en la economía neoliberal triunfante en el mundo; en una relación estrecha y positiva con las grandes potencias industriales, en ligar el proyecto nacional con los intereses del gran capital nacional e internacional y de la Iglesia y llegar a un acuerdo mutuamente benéfico con la oposición que apoyaba su proyecto

económico: el PAN. Finalmente, recorrer ese camino también requirió debilitar los viejos mecanismos e intereses que antaño habían servido a la presidencia en general: el sector de las empresas del Estado y al PRI y a sus corporaciones obreras, campesinas y de clase media.

Al final, el salinismo no pudo conservar y transmitir a su sucesor el poder recién recuperado. Resulta que Salinas personalizó en exceso ese dominio presidencial y no quiso o no pudo transmitirlo a la institución y menos al sistema. En efecto, la comunidad financiera y la prensa internacionales habían ensalzado y legitimado a Carlos Salinas -el joven tecnócrata harvardiano y modernizador-, pero no a la vieja presidencia autoritaria mexicana, ni al monopolio del PRI sobre los puestos de elección popular. Ambos estaban fuera de tiempo en una época de destrucción de totalitarismos y autoritarismos. Por otro lado, al final del sexenio, el estallido chiapaneco demostró la incapacidad del nuevo arreglo político y económico para dar respuesta institucional y adecuada a las demandas de esos mexicanos que el discurso presidencial decía tener muy en cuenta, -los pobres, los marginados, los indígenas-, y para los que supuestamente se había construido el programa social más importante del sexenio: el Programa Nacional de Solidaridad, (2,500 millones de dólares anuales, en promedio). Finalmente, los asesinatos sin aclarar del candidato y del secretario general del partido del presidente, mostraron que alguien había desafiado con éxito su poder. La puntilla vino inmediatamente después de que

Carlos Salinas dejara el puesto a su sucesor: la gran crisis estructural del tipo de neoliberalismo creado por el presidente.

Zedillo o la Aceleración de un Proceso.

Ernesto Zedillo recibió, pues, una crisis económica monumental y una presidencia deteriorada, desgastada por el tiempo, por su anacronismo, por sus fracasos históricos y, finalmente, por el uso intensivo que le dio Carlos Salinas para su beneficio personal.

La súbita y dramática crisis del modelo económico neoliberal mexicano, terminó por apagar el brillo de lo que alguna vez fue la tecnocracia dorada -corazón del salinismo-, y de la que el nuevo presidente formó parte. El modelo económico salinista fue, en efecto, superavitario en lo fiscal pero superdeficitario en lo externo. Fue extraordinariamente benéfico para los muy pocos pero no mostró piedad para los muchos. Fue muy efectivo en destruir empleos de baja productividad pero totalmente incapaz de generar nuevos en cantidades significativas.

Es en estas difíciles circunstancias que Ernesto Zedillo y su joven secretario de Gobernación decidieron abrir nuevas posibilidades políticas a la presidencia con un par de golpes espectaculares: la negociación directa con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y la firma del llamado Acuerdo Político Nacional (APN) en Los Pinos el 17 de enero. ¿A la democracia por la vía de la crisis?. El APN fue pensado como la vía para incluir al odiado adversario, al PRD, a ese pacto informal que suscribieron la presidencia de Carlos Salinas y la oposición de centro derecha, el PAN. Desafortunadamente, el APN

corre el peligro de ser un golpe espectacular, pero no por su éxito sino por su fracaso.

La Presidencia que Pudiera y Debiera Ser.

La presidencia todopoderosa ya se acabó, pero a pocos conviene que nos dirijamos rápidamente al otro extremo: al de una presidencia impotente, inservible. Una condición del PRD para echar a andar el APN, fue que el gobierno deshiciera los entuertos creados por las elecciones sin credibilidad de Chiapas, Tabasco y el sur de Veracruz. Sin embargo, la rebelión de los gobernadores priístas en capilla -Madrazo y Robledo, apoyados por muchos otros colegas- contra un centro que buscaba su renuncia para permitir la nueva relación con el PRD, indica que la disminución del poder presidencial ha llegado a un punto que ni el propio presidente sospechaba cuando firmó -como testigo- el APN. A la presidencia pareciera faltarle ya el mínimo poder necesario para asegurar su viabilidad.

El debilitamiento de la presidencia autoritaria de México debería ser una excelente noticia. Sin embargo, me temo que dadas las circunstancias, ese no es el caso. Para empezar, aunque el APN subsista y no pase a la historia como "El Pacto de las 24 Horas", no es, ni de lejos, la refundación de la república, como se sugirió, ni tampoco el equivalente mexicano al "Pacto de la Moncloa", que permitió a España el tránsito del franquismo a la democracia.

La promesa del APN -que Zedillo firmó sólo como testigo- es la creación de condiciones para resolver los problemas poselectorales existentes, iniciar un diálogo nacional que

culmine con una reforma política, con una división de poderes real, y con una reforma electoral que de condiciones de equidad, limpieza y credibilidad a la lucha partidista.

Si el APN llegase a ser una realidad -lo que no es seguro-, México cambiaría de régimen. Quedaría atrás el presidencialismo autoritario que hemos conocido por generaciones y podríamos empezar a construir otro: el democrático que se nos prometió en la constitución de 1917. Sin embargo, esta posibilidad es justamente lo que hoy está en el filo de la navaja.

El Peligro.

Como se advirtió al principio; la pérdida de poder de la presidencia no necesariamente implica que lo que ella pierda lo ganará las instituciones que requiere toda democracia moderna: los partidos, el Congreso, las organizaciones no gubernamentales, los sindicatos, los gobiernos estatales, los municipales, etcétera.

Lo que nos muestra el caso de Tabasco tal y como ha evolucionado en los últimos días, es que el poder que pierde la presidencia bien lo pueden ganar grupos regionales tan o más antidemocráticos que la presidencia misma. Roberto Madrazo llegó a la gobernatura por la vía de elecciones sin credibilidad -y a esa conclusión precisamente llegó un estudio preparado por los consejeros ciudadanos José Agustín Ortiz Pinchetti y Santiago Creel (véase a Ricardo Alemán en *La Jornada*, 21 de enero)-, y su defensa de la soberanía estatal frente a las presiones del centro no es tal, pues su base no es la voluntad soberana de los tabasqueños, sino un grupo de dinosaurios que reacciona ante la

posibilidad de su extinción. Si la rebelión de los gobernadores se consolida, la democracia no habrá ganado nada y si, en cambio, retornaremos a una versión del México de caciques del siglo XIX.

Hay otras fuerzas igual o más siniestras que las representadas por los gobernadores "autónomos" y que se pueden beneficiar de la pérdida del poder de la otrora gran institución presidencial. Para empezar, están los Estados Unidos, cuyo congreso va a tomar decisiones que deberían correspondernos a nosotros. También están los siete grandes carteles y las cerca de noventa organizaciones regionales y locales de narcotraficantes que operan en México (**El Financiero**, 23 de enero). Igualmente están las propias organizaciones gubernamentales que, sin control, pueden irse aún más por la libre: las policías, la burocracia, el ejército, etcétera.

Finalmente, existe la posibilidad de que parte del poder perdido por el gran centro no lo gane persona ó grupo alguno, que simplemente se disipe, se volatilice. Ahí ganaría la ley del más fuerte.

Hay que superar la política al filo de la navaja, hay que poner fin a la presidencia autoritaria pero sin destruir a la presidencia misma. Necesitamos un Ejecutivo que sea, a la vez, impulsor y resultado de un auténtico y efectivo acuerdo nacional. Uno que le permita al presidente movilizar positivamente a la sociedad y que transforme la frustración colectiva en energía constructiva. ¿Podrá el tecnócrata Ernesto Zedillo transformarse en estadista?